

resulta por momentos ejemplar e ilusionante, a pesar de todos los aconteceres y circunstancias.

Pero su lectura encierra para nosotros otros valores histórico educativos. Es, por ejemplo, la importancia de la escuela rural, en esta ocasión ubicada en varias localidades de Aragón, de su organización técnica y los métodos de trabajo utilizados. Es también la organización que alcanzan los sindicatos y asociaciones de maestros y profesores. Es la vida interna de la administración escolar, y de la misma política educativa en el decurso de la guerra. Es, finalmente, la terrible experiencia de un largo listado de republicanos españoles, en particular maestros y pedagogos, que se ven forzados al exilio, sus éxitos e incertidumbres. Es una viva expresión de la España y la educación de nuestro siglo, partida a veces en pedazos, recompuesta con fervor y esperanza.

Por todo ello, por este inestimable testimonio, debemos estar muy agradecidos a todas las personas e instituciones que han hecho posible el producto que leemos, en particular al autor, al recopilador y gestor (Víctor Juan), a la familia de Santiago Hernández Ruiz, al profesor Ubieto, director del ICE de la Universidad de Zaragoza, entre otros.

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DÍAZ

LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ, Luis, *Las Casas del Pueblo socialista en España (1900-1936)*, Barcelona, Ariel Historia, 1997, 238 pp.

Que las Casas del Pueblo fueron los templos del socialismo español, el lugar de sociabilidad obrera por antonomasia y, por tanto, el ámbito en el que se forman pautas de conducta específicas y se desarrolla una particular mentalidad o cultura socialista, parece fuera de toda duda. Sin embargo y por paradójico que pueda parecer, no contábamos con un estudio general y sistemático de estas instituciones —puesto que de instituciones dotadas de una verda-

dera polifuncionalidad se trata y no sólo de meros edificios más o menos interesantes desde el punto de vista artístico—, si exceptuamos el trabajo pionero, aunque insuficiente, de Víctor Manuel Arbeloa. La obra que comentamos, debida a dos autores que vienen desempeñando con rigor y solvencia la fundamental tarea de desentrañar y reconstruir las múltiples y complejas variables —artísticas, educativas, literarias, políticas, etc. — que configuran la cultura obrera durante el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, viene a llenar, por tanto, una laguna que era urgente e imprescindible cubrir. Y lo hace, además, desde un enfoque tan original —la aproximación al movimiento obrero socialista desde el análisis de un elemento material, la Casa del Pueblo— y con una perspectiva metodológica tan sugerente en su planteamiento como difícil en su ejecución —la interrelación entre la Historia, el Arte y la Sociología—, que, habida cuenta de cómo han sabido resolver todas esas cuestiones y otras más que aparecen en el texto, no parece exagerado afirmar que nos hallamos ante un estudio definitivo y con vocación de clásico entre los dedicados al movimiento obrero en nuestro país.

La densa introducción, que bien podría haber configurado un capítulo más del libro, bucea en los antecedentes y modelos más remotos y cercanos de las Casas del Pueblo, desde los proyectos dieciochescos de Boullée y Ledoux pasando por iniciativas como las de Owen, Cabet, Godin, o Morris hasta las «Maison du Peuple» belgas de finales del diecinueve. Viene a continuación un estudio de las que los autores llaman «otras construcciones socialistas» y que incluyen edificios escolares, mutualidades y montepíos, cooperativas, viviendas obreras y monumentos funerarios como el Mausoleo de Pablo Iglesias en Madrid. El segundo capítulo, sin duda uno de los centrales de esta obra, se dedica al análisis pormenorizado de aspectos como el nacimiento de las Casas del Pueblo, su desarrollo en el tiempo y por la geografía del país, dibujando diversas áreas de implantación y pujanza, los sistemas de financiación empleados en su construcción o com-

pra y los paralelismos y diferencias que pueden apreciarse con relación a los centros republicanos y anarquistas. Con todo, lo más sustancial sea probablemente el exhaustivo tratamiento del significado más profundo de la institución Casa del Pueblo a través de las funciones que trató de cumplir y en relación a ellas de los servicios que prestó a sus afiliados. Se pasa revista así al local obrero como lugar de formación y concienciación política, como centro y foco de irradiación cultural, como espacio de encuentro social y de esparcimiento o como entidad que atiende a otras necesidades de la clase obrera mediante la práctica del deporte, la proliferación de economatos y cooperativas, la existencia de farmacias, mutualidades y dispensarios médicos o el establecimiento de mecanismos de solidaridad como gabinetes jurídicos o bolsas de trabajo. Al mismo tiempo, y ésta nos parece otra de las grandes novedades incorporadas por los autores, se estudia con detenimiento la carga litúrgica y simbólica que presentan y suponen las Casas del Pueblo mediante el despliegue de un ritual que comenzaba en el momento de la inauguración del local y proseguía luego a lo largo de su vida mediante elementos y rasgos simbólicos que se incorporaban a una especie de «calendario litúrgico» propio. Liturgia y simbología política y cultural para lo que los socialistas encontraron en la Iglesia y en el Palacio dos referentes o modelos de los que tomarán prestados vías de expresión y de ritualización, bien que a través de un proceso de apropiación y reutilización en clave laica y obrera.

Los capítulos tercero y cuarto son también del máximo interés, toda vez que por primera vez se realiza un análisis completo de la tipología de las Casas del Pueblo y de los lenguajes arquitectónicos empleados en su construcción. Viviendas de tipo popular y tradicional y casas de pisos superan ampliamente el 50% de los inmuebles en que se situaron los locales socialistas, si bien fueron entendidas como soluciones temporales y de circunstancia frente a los verdaderos tipos que se deseaban: villas, quintas y «hoteles», y como una

versión corregida y aumentada de los mismo, los palacetes y palacios, marginando también como construcción los amplios espacios abiertos que ofrecía la arquitectura fabril del momento. Podría sorprender igualmente que los socialistas utilicen desde el punto de vista de los estilos artísticos los más tradicionales y conservadores —arquitectura popular o tradicional, historicismo, eclecticismo o regionalismo— relegando a unas pocas y singulares muestras los más contemporáneos y vanguardistas —modernismo, art decó, expresionismo y racionalismo—. Sin embargo, los autores explican perfectamente las razones de este conservadurismo artístico y en relación a él el profundo divorcio que se produce entre las posiciones ideológicas del socialismo español y las vanguardias artísticas en nuestro país.

El último capítulo está dedicado a historiar pormenorizadamente la historia de la Casa del Pueblo de Madrid, situada en el que fuera palacio de los duques de Béjar, en el casco antiguo de la ciudad, y que por su significación e importancia se convirtió en el paradigma de este tipo de instituciones y orgullo del socialismo español. Un estudio que muy bien, al igual que el conjunto de esta obra, puede convertirse en acicate para que otros investigadores se ocupen del análisis particularizado de otros centros obreros completando así el mapa de los mismos y permitiendo por ende rescatar una parte fundamental de la historia del movimiento obrero. El apéndice documental, el aparato bibliográfico y sobre todo las fotografías de unos edificios demolidos por la guerra o por el franquismo constituyen otros tantos aciertos de esta tan singular como importante obra.

ANTONIO MORALES MOYA

MANGUEL, Alberto: *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, 396 pp.

Este ensayo histórico comienza con unos apuntes autobiográficos que incitan a